

Mortífero.

L Ricardo Muñoz

Image not found.

Capítulo 1

Existe una leyenda en la que se cuenta, por muy ficticia que parezca, que la muerte, alguna vez sintió amor. Siempre, he creído que es más una historia de horror, que, de amor, sin embargo, jamás ha dejado de parecerme romántica. El hecho de que una deidad tan lúgubre y temida haya sentido aquél sentimiento que ha matado a más de un hombre, es digno de admirar. La leyenda transcurre en aquellos años que la paz y la tranquilidad reinaban, dónde las ciudades eran pueblos y los pueblos eran bosques. Dónde La Muerte, estaba escaso de trabajo.

Una joven chica de un pequeño pueblo estaba acostumbrada a pasear todos los domingos por un parque peatonal a unas cuadas de su casa, siempre iba a recoger flores pues a esta le encantaba dárselas a la madre enferma. Era una niña muy inocente, de unos 16 o 17 años, con una piel tan suave y delicada como aquellas rosas que yacían sembradas en aquellos grandes rosales del parque, tan pálida que podía tener brillo propio. Era tan hermosa que tenía decenas de pretendientes en el pueblo, pero ella, tan dulce e inocente, sólo podía estar enamorada de una sola persona. Cerca del parque vivía un buenmozo joven que era un par de años mayor que ella, era el dueño del rosal y cada que Sofía (la chica protagonista de esta historia) visitaba el mismo, aprovechaba para verlo y hablar por horas con el joven Alejandro, pues su amor era mutuo, un par de almas juveniles emancipadas por el sentimiento del amor, siempre ensimismados en su extraña relación de amigos. jamás se percataban de lo sucedía en la vida real.

Un día, a Alejandro, al joven y alegre muchacho, le tocaba morir. La Muerte deambulaba por el rosal, marchitando cada rosa a su paso, acercándose de manera taciturna al hombre. Iba con sus manos abiertas para tomar a Alejandro entre sus brazos y llevárselo del mundo en el que éste decía vivir feliz. Pero algo lo detuvo, pues la lúgubre entidad observó a una chica caminando de manera alegre por entre las rosas, sin cortarse, sin hacerse el mínimo rasguño. “¿Qué sucede?” Se preguntaba la muerte, “¿cómo es posible que alguien pueda camuflajearse con el brillo de las rosas?” La siguió por la curiosidad de saber quién era, porque jamás había visto a alguien tan hermosa andar de manera tan tranquila por las calles de tan pequeño mundo. ¿Acaso la muerte no sabía de ella? ¡Pues no! No lo sabía, y eso era lo que más le inquietaba a la inmortal presencia, “¡Estaba seguro de que no era una creación humana, era una creación divina!” Y para su sorpresa, era la causa de que el joven Alejandro estuviera feliz, y Alejandro era la causa de que ella también lo estuviera. Ambos eran aquella unión divina predicha en cualquier profecía que pudiese existir. Ambos emanaban aquella felicidad y jovialidad que podría caracterizar a cualquier adolescente. La divina y espectral presencia quería hacerse dueño de esa hermosa creación de la naturaleza, ¡pero no era un ser material! ¿cómo un humano podría enamorarse de algo que no

ve ni siente? Eso era deprimente, pero La Muerte, a pesar de su tristeza, jamás se resignó, quería darle a demostrar por sobre todas las cosas, que él, la aparición que más aterrorizaba a todo hombre, podría resguardar de ella, por el resto de la eternidad.

— ¡Nadie podrá hacerle daño a tal creación divina mientras yo esté vivo!
—Exclamó La Muerte, mientras observaba a la pareja de enamorados abrazarse— Y si alguien osa de molestarla, entristecerla, maldecirla, desearle el mal, infringirle el odio, imorirá! Pero si alguien más pretende hacerla feliz, yo por mi parte, me encargaré de que esa persona, con sus buenas intenciones también viva, ipues su felicidad lo vale todo! Y yo, haré hasta lo imposible para que así sea. —La Muerte permaneció detrás de los dos enamorados, cubriéndolos con su túnica oscura y fría. Alejandro no murió ese día, pues éste, era la causa de que la protegida, fuese feliz.

Sofía regresó a su casa después de un largo día de estar con Alejandro, con un canasto lleno de rosas blancas y rojas, que la mismísima muerte se había encargado de que las mismas, jamás se marchitasen mientras el siguiera junto a Sofía. Eran las rosas más hermosas que alguna vez Sofía habría recolectado, eran brillantes y olorosas, carecían de espinas y aún mantenían el rocío matutino a pesar de que el sol se estaba escondiendo, pues un nuevo atardecer se acercaba. La madre de Sofía estaba enferma de una fuerte gripe que arrasaba con toda la aldea, no era mortal, pero sí peligrosa pues podía desencadenar otro tipo de enfermedades. La señora Rocío siempre estaba postrada en cama tomando algunos medicamentos que los confiables doctores recetaban para la cura inmediata o rápida del virus, pero cuando Sofía llegaba a traerle flores, Rocío siempre se levantaba de la misma y la recibía con mucha alegría y emoción, pues decía que, aunque sentía que fuese a morir, su hermosa hija la llenaba de vida. Sin embargo, Sofía no era la única hija de la señora Rocío, también estaba el caballero y señor Alfonso, que, aún con 32 años, no llevaba ni un pan a la casa. Era el dolor de cabeza más grande de ambas mujeres del hogar, pues el pobre hombre sufría de alcoholismo y duraba noches sin volver a su hogar dejando una preocupación muy grande en la familia y un dolor insoportable al sentir el repugnante olor del ron casero y notar su fuerte rabia hacia la existencia de la pequeña Sofía, pues éste decía, que ella, tan pura y santa, se había convertido en el reemplazo del mismo, arruinando su vida por completo. Pero aun así Sofía, no odiaba a su hermano y siempre que podía le llevaba un pan o unas galletas que compraba en el pueblo ya que a este le encantaban.

Esa noche, todo fluía con normalidad, La Muerte yacía escondida en una esquina oscura de la habitación observando cómo moría lentamente la madre de la pequeña niña sin su intervención divina. Había muchas cosas que la muerte no entendía del mundo, pues ésta sólo salía de su hogar para asechar y llevarse otra alma. Jamás le dio tiempo de entender al humano, pues a ésta omnipotente presencia se le encargaba llevárselos.

Alfonso acababa de llegar y para sorpresa de la pequeña familia, esta vez también estaba borracho. La Muerte, inmediatamente se percató del sentimiento que emanaba del hombre mayor, era un odio imparable que iba más allá de su propio ser. Éste entró sin pronunciar ni una sola palabra al humilde hogar y apenas vio a su pequeña e inocente hermana, comenzó a insultarla, culpándola de crímenes que ni un demonio sería capaz de cometer. La enferma madre, preocupada por el estado de su hijo se levanta de cama, e inmediatamente le da un ataque de tos, La Muerte, observando toda la situación maravillado, permanecía escondido en su esquina, viendo cómo los humanos reaccionaban a las distintas situaciones que se le podían presentar de un momento a otro. Sin embargo, las cosas se salieron de control, el furioso hermano se abalanzó sobre la pequeña niña y con sus fuertes manos comenzó a estrangularla, y ésta, con sus delicadas manos, sólo le daba fuerzas para intentar alejar a su hermano de sí misma. Su madre en crisis de tos no podía levantarse y ayudar a su dulce hija que se encontraba en peligro, cómo muchas veces antes lo había hecho. La Muerte, furiosa al ver las lágrimas correr y el intento de gritar de su protegida, comenzó a acercarse lentamente por la espalda del endemoniado hombre, mientras observaba cómo la pequeña comenzaba a perder la razón y, el espectro, con un sentimiento que jamás había conocido en su vida, al tener a Alfonso frente a él, tocó su hombro, como si de un amigo se tratara, como si brindarle paz fuese el principal objetivo de la taciturna presencia. Inmediatamente, Alfonso soltó a Sofía y tomó su pecho entre sus manos, apretaba sus dientes y comenzaba a perder el conocimiento, el equilibrio, la voz, la respiración, la vida. Sus ojos viraban hacia arriba y su boca emanaba espuma. Sofía y Rocío corrieron rápidamente hacia su pariente moribundo, y ambas con lágrimas en sus mejillas llorando desgarradoramente, tomaban a Alfonso entre sus brazos y con fuerza gritaban al cielo, implorándole al mismísimo Dios que se los devolviera, que se las llevara a ellas. Lo abrazaban con fuerza, pues sentían que su forma física también se iría del lugar. Estaban desoladas, deprimidas y dolidas. Era la muerte del amor de sus vidas, había muerto alguien importante para ambas. La Muerte, observaba con delicadeza y compasión la situación, parecía comprender el dolor de los humanos y comenzar a sentirlo, ver a su protegida tan deprimida y desconsolada comenzaba a hacerle sentir todo tipo de sentimiento que jamás en su vida se había imaginado sentir. La Muerte se arrodilló junto a ellas, y lloró. Lloró como jamás lo había hecho en su vida, de forma desconsolada, con llantos y lamentos, con lágrimas frías y gritos al viento, maldiciones y juramentos malditos que jamás habían salido de su boca. ¿La muerte podía sentir? ¿algo tan imposible podía llegar a ser tan real? Y era tanto el dolor, que el llanto de la muerte se convirtió en lluvia, y la lluvia en el llanto de Rocío y Sofía.

Capítulo 2

Alejandro y Sofía comenzaban a estar más unidos, y La Muerte protegiendo de que nada le pase a la fuente de felicidad más grande del mundo también permanecía con ellos. Sin embargo, hasta en el día más soleado pueden caer gotas de lluvia. Alejandro, trabajaba en el rosal con su padre, pues el campo de rosas era la fuente de economía de la familia, el joven muchacho era alguien bastante trabajador y apasionado. Sin embargo, era un muchacho demasiado ensimismado y, por lo tanto, muy despistado en el trabajo. Su padre era alguien bastante estricto y muy controlador con Alejandro, pues no quería que éste descuidara el campo ya que el viejo hombre pretendía dejarle las tierras a su pequeño y único hijo. Alejandro y Sofía se veían a escondidas y, luego de tanto tiempo, ambos fueron descubiertos. La separación de ambos desconcentró a Alejandro de manera poco común, le quitaba el apetito, las fuerzas, las ganas de trabajar. Su padre, al darse cuenta de tal situación comenzó a maltratarlo tanto física como verbalmente, lo explotaba y lo obligaba a levantarse de su cama a trabajar. La pequeña Sofía, triste y deprimida por la falta de su enamorado y la partida de su hermano, pasaba noches enteras llorando de manera desconsolada y la lúgubre presencia, con su túnica fría, intentaba arropar a la hermosa niña y protegerla hasta que la misma dejara de llorar y se quedara dormida. El muchacho, Alejandro, le enviaba cartas proclamándole su amor y deseo, que la extrañaba de manera infernal y que su amor por ella jamás se apagaría. Sofía le respondía muchas de las cartas e incluso le enviaba más de lo esperado, pero, aun así, a pesar de los tantos intentos de comunicarse con Alejandro, Sofía, pocas veces recibía respuesta. El viejo y obstinado padre de Alejandro al ver las cartas llegar al buzón las quemaba junto con la hierba mala del campo, pocas veces el muchacho llegaba a ver algunas. El viejo hombre pedía y recomendaba que Alejandro dejara de verla, porque ella, era un ancla, porque todas las mujeres lo eran, no lo iban a dejar avanzar y siempre estaría estancado en la vida.

La realidad era que, a los dos hombres, los había abandonado la misma mujer hacía muchos años ya. La madre de Alejandro, se fue del hogar en el que pretendía criar a su hijo toda la vida cuando éste sólo tenía 7 años, el padre, furioso y despechado comenzó a criar a su hijo con fuerza y actitud para que éste no pasara lo mismo por lo que él. Sin embargo, los años de niñez fueron muy diferentes a partir de ahí. Alfonso, con tan sólo 8 años de edad comenzaría a trabajar para su padre, sin recibir ningún tipo de recompensa ni gratificación, el viejo hombre trataba de mal en peor al pobre niño, que mientras pasaban los años más iba perdiendo la inocencia. Los maltratos verbales y mentales que infringía en el pequeño cada día empeoraban más, pues poco a poco iban convirtiendo al aún niño, en todo un hombre.

Una mañana cálida, llegó al buzón de Sofía, una pequeña carta. Sólo tenía unas cuantas palabras que notificaban una noticia esperanzadora, pues Alejandro, por fin sería capaz de ver a Sofía. Sin embargo, es menester dar una explicación detallada de cómo las decisiones de un viejo terco pudieron cambiar de la noche a la mañana.

Alejandro comenzaba a tenerle resentimiento a su padre, pues sabía que, por culpa del mismo, él jamás sería feliz. El ancla no era Sofía, el ancla era él. Su padre, el hombre que dio todo por él, el único que daría su vida por el joven muchacho. ¡Y era claro que lo era! Todo llevaba a esa respuesta, que el padre, jamás lo dejaría avanzar. Jamás lo dejaría ser feliz.

Alejandro, comenzaría a dejar de ser el mismo, y La Muerte, se dio cuenta de eso. Dejaron de llegarle cartas a Sofía y ésta, se preocupaba cada vez más. El juramento de la muerte fue el de ayudar y proteger a todo aquel que hiciera feliz a su protegida y, por lo tanto, tendría que mantener vigilado a Alejandro. Una noche fría, la muerte se encontraba deambulando por los distintos hogares del centro del pueblo junto con Sofía, pues ésta, buscaba desesperadamente un medicamento para la fiebre de la madre. Sin embargo, un sentimiento bastante conocido llegó al espectro y, en un pequeño movimiento, llegó hasta el lugar del que se producía el mismo. Alejandro, yacía recostado de su cama dura y sucia, leyendo un libro de algún poeta maldito que probablemente su alma ya era posesión de La Muerte. Su cara no reflejaba nada más que serenidad, sin embargo, de su alma emanaba el odio más grande y puro que la muerte sintió jamás. Sofía estaba a salvo, por lo tanto, no había de que preocuparse y, estar con Alejandro, era la única forma de saber si él realmente la haría feliz a ella. Alejandro dejó el libro sobre una mesa de noche que sostenía una lámpara que le daba brillo a la habitación mientras leía. Se sentó sobre la cama y tomó una escopeta doble cañón del costado de la misma que pertenecía a su padre, éste la usaba para cazar algunas codornices cómo pasatiempo. Probablemente al joven muchacho le tocaba hacer la guardia de la noche. Revisó su munición y se percató de que ambos cañones tuvieran balas. La Muerte, había presenciado esa escena mucho tiempo antes, cuando un joven muchacho, lleno de odio, atentó contra toda su familia, sin embargo, sabía que esta vez era diferente. El chico se levantó de la cama y caminó con detenimiento, cómo si quisiera que ni los demonios lo escuchasen. Pisaba el piso de forma taciturna, con calma, con parsimonia. No quería que nadie lo escuchara y eso se notaba a leguas. El padre reposaba dormido en su cama, las luces de su habitación se encontraban apagadas y las ventanas cerradas. La lluvia comenzó a caer y fuertes truenos y rayos comenzaron a quebrantar el silencio lúgubre de la satánica escena. El hijo, que con sumo cuidado llegó a la puerta de la habitación de su padre, comenzó a abrir la misma de forma delicada, metiendo cada parte de su cuerpo con tanta lentitud posible, para hacer el menor ruido. La lluvia, que caía sobre la ventana de la habitación, era el único sonido que se

escuchaba en el hogar y, los fuertes ronquidos del señor, estaban siendo opacados por el fuerte latir del corazón de su hijo. Que a pesar de que estaba completamente decidido, estaba muy asustado, porque sabía que, lo que haría, jamás tendría reparación.

Alejandro, poseído por la rabia, le quitó el seguro a la escopeta y apuntó a la cabeza de su padre que yacía en un profundo sueño, La Muerte, que en todo momento observaba y se mantenía a las espaldas del mismo, detallaba cada movimiento y sentimiento del pobre chico que, aunque se sentía seguro, su sufrimiento interior emanaba por sus ojos, pues sus lágrimas, eran la muestra de que realmente le dolía. Pues lloraba todo lo que no pudo haber llorado en su niñez, porque los hombres no lloran, porque los fuertes se aguantan todo. Sufría, porque él, durante toda su vida, jamás pensó hacer lo que estaba haciendo. Pero sin pensarlo por mucho, apretó el gatillo. Disparó dos veces el arma.

La Muerte, aprendía cada vez más de los humanos, de lo viles que pueden llegar a ser. De cómo ya no necesitaban de Él para hacer que un alma no permanezca en el mundo. Aprendió que los humanos están completamente desquiciados y, hasta el más cuerdo, puede perder la cabeza en un segundo. El joven muchacho, observó y detalló los sesos de su padre esparcidos a lo largo de la habitación. Su masa craneal se encontraba completamente esparcida y destrozada, su cabeza ya no estaba y lo que la sustituía era una cantidad de sangre descomunal que brotaba de ella. Alejandro dejó la escopeta en el suelo y se acercó a su difunto padre con parsimonia, le dio un pequeño vistazo y, sin tanto pensarlo, se acostó a un lado del cadáver. El cuerpo estaba repleto de sangre y la cama de mala calidad sólo hacía que la misma se regara por todo el colchón. Sin embargo, a Alejandro no le interesaba esto, pues pretendía pasar una última noche con el cuerpo de su padre, recordando y recitando viejas historias. La lluvia, era testigo del crimen cometido por la fuerza del odio y el rencor, y La Muerte misma, siendo tan oscura y solemne, no podía explicarse cómo el ser humano llegó a ser así. Si todo fuese controlado por él, ¿cómo sería el mundo?, pensó, pues aún no lograba entender esas formas de actuar llenas de extremismo y maldad. ¿Están malditos los humanos? Pues ellos han de culpar a los dioses y deidades de sus errores y horrores, convirtiendo a las mismas, en los principales culpables.

La carta que Sofía recibió le llenó de alegría, pues no se esperaba, que después de tanto tiempo, su amor regresaría. La Muerte, que sabía toda la historia trasfondo, no se separaba de Sofía en lo más mínimo, pues sabía que Alejandro era peligroso. Ya no era el mismo muchacho del que Sofía se había enamorado, éste, era aún más violento. Maquinador. Serio. Ahora era un asesino; ahora, era un psicópata. Sin embargo, si a Sofía la hacía feliz, La Muerte sería capaz de proteger a ambos por el resto de la eternidad, no le incumbían los problemas humanos y sus soluciones

ridículas. A pesar de ser interesantes.

La Muerte, pensando en lo ocurrido, recordó que a Alejandro le tocaba morir hace mucho, y que quizás si éste no hubiese evitado la muerte, su padre aún seguiría vivo. Estaba pensando acerca de cómo las cosas suceden por un motivo en específico, y que todo, a pesar de ser cómo una obra de teatro llena de improvisaciones, está escrito.

Días después, Sofía fue a visitar a su amado, pues tantas semanas de espera le causaron mucha tristeza y, después de tanto, volver a verlo, la haría completamente feliz. Sin embargo, ella misma inmediatamente notó que Alejandro, no era el mismo. Su mirada estaba muy cambiada y su semblante lo estaba aún más. El joven y alegre chico, ahora emanaba un aura gris y sombría, sus manos siempre se encontraban frías y su total nerviosismo era demasiado preocupante. La sonrisa del jovial muchacho ya no era la de antes, encantadora y brillante, ahora era enferma y llena de alguna locura desmedida. Infringía miedo, pero Sofía, enamorada ciegamente, aún lo amaba. Ambos se encontraron y se dieron un gran abrazo, quizás lo sintieron cómo el último, su corazón se convirtió en un solo latido, y sus manos, aferradas a sus gruesas vestimentas, demostraban todo el cariño y amor que aún se sentían durante todo el tiempo que pasaron separados. La Muerte, a pesar de estar conmovida, sentía un sentimiento extraño, pues ver a su protegida, brindándole amor a alguien que no fuese él mismo, le obstinaba, sin embargo, su objetivo era protegerla, y eso, jamás debía molestarle.

Ambos duraron una tarde feliz, pero Alejandro, sólo actuaba para que Sofía se sintiera cómoda, empero, no duró mucho tiempo para contarle a Sofía su atroz delito, paso por paso, detalle por detalle. Acerca de cómo un hijo, inundado del odio y rencor, asesinó a su padre a sangre fría, y luego, para esconder el cuerpo, lo amordazó, lo descuartizó y se lo dio de comer a los cerdos de la granja. Ahora serían felices y estarían juntos, pensó Alejandro, pero lo que no pudo imaginarse él, es que Sofía, jamás hubiese aceptado aquello con normalidad, por lo tanto, al escuchar la historia, la pobre chica se paralizó del terror. Su joven y hermoso enamorado, ahora era un asesino, y no uno cualquiera, sino, uno que - aunque fuese increíble- asesinó a su padre y se lo dio de comer a los cerdos. Era un maldito, y ahora Sofía ya no le tenía amor, sino, pavor. Corrió lo más que pudo hasta su casa, inundada en lágrimas y terror, y la muerte, tratando de arrullarla y protegerla, se fue encima de ella, obvio, colocando su mirada ahora en Alejandro, quién, ya no era de este mundo. Su alma, se había ido cuando mató a su padre, ahora era un recipiente vacío. Un muerto en vida.

Sofía pensaba en alertar a la policía del mórbido crimen que su amante había cometido, pero su terror a que algo le pasara a ella, la privó de toda acción que amenazara contra la seguridad de Alejandro o la de ella. La Muerte, llena de rabia y compasión, por el estado de su niña, fue detrás

de Alejandro, quién, a pesar de haber tenido aquella discusión y haber asesinado a su padre, estaba de manera tranquila paseando por su granja. ¿Cómo alguien puede ser así?, pensaba La Muerte, ¿cómo es posible que los humanos puedan ser tan soeces y sádicos? Sin brindarle nada de importancia a la vida misma de un prójimo y anteponerla con la suya. La Muerte estaba preocupada por la situación de los humanos y cuál sería su fin.

Alejandro, con una parsimonia impresionante, paseaba por el rosal en el cuál conoció a Sofía, sosteniendo la escopeta con la que había asesinado a su progenitor días atrás, ya que había un zorro que molestaba a los animales del corral y este pretendía darle caza. La Muerte, cada vez más llena de odio, caminaba lentamente tras Alejandro, dejando cada rosa marchita a su paso, su aura, poderosa y sublime, podía sentirse de manera inminente, y Alejandro, cubierta de ella, se pudo dar cuenta. Las rosas del todo el rosal comenzaron a pasar de un color brillante y puro, hermosa y esperanzador a uno sombrío y marchito, puesto que ellas, comenzaban a morir poco a poco. ¿Me estaré volviendo loco?, pasó por su imaginación aquella idea, sin embargo, lo afirmó en el momento que, mientras detallaba como el rosal iba muriendo poco a poco, una gran sombra se apareció frente a él, extendiendo su mano, sin decir alguna sola palabra.

—¿Quién eres? —La Muerte, nunca respondió. — ¿Qué necesitas de mí? — A pesar de que Alejandro insistía, La Muerte solo callaba y extendía su mano. Ésta, era una presencia sin rostro, que tomaba la forma de una sombra lúgubre que iba vestida de una túnica negra, sus manos, eran esqueléticas y escalofriantes, y ésta iba levitando. Tan alta que podía llegar a medir dos metros de alto, infringía el miedo que las antiguas historias y leyendas contaban. Pero Alejandro, no lo sentía. Y tomó su mano.

La Muerte, de forma tranquila desapareció con su mano entre las suyas, brindándole paz al joven chico. Ahora, tendría el control de él. El joven muchacho tomó la escopeta entre sus manos y, moviéndola lentamente, colocó el cañón debajo de su barbilla. Algunas gotas de lágrimas corrieron de su mejilla, pero entendía que era lo correcto; alguien como él, no debía estar en el mundo humano. Antes de por fin dar el último respiro, observó el rosal en el que había conocido a Sofía, y la melancolía de su partida, le dio el valor necesario para apretar el gatillo. Las rosas marchitas que se encontraban a su alrededor, retomaron el color rojo que se les había ido. La sangre de Alejandro se esparció por entre las rosas, y el eco del disparo, despertó aquellos cuervos y zamuros hambrientos de carne. Finalmente, el vil y sádico muchacho, había desaparecido del mundo terrenal, dejando a su paso, rosas marchitas coloreadas con sangre, junto a un rosal entero lleno de inocencia destruida.

Capítulo 3

Cuando el cuerpo de Alejandro se descubrió, habrían pasado alrededor de 3 semanas, las rosas rojas aún estaban y las marchitas, ya no. Los cuervos y zamuros aún rondaban el lugar, y su cadáver en descomposición sólo llamaba a los gusanos. Mientras, Sofía ya no era la misma, luego de ambas muertes, se dio cuenta de que algo estaba fallando; ella.

Los últimos días ya no eran los mismos, Sofía mantenía un aura oscura y lúgubre, pues La Muerte, ahora era parte de ella. Sus intentos de suicidios fueron demasiados, pero La Muerte, en su afán de protegerla, jamás permitió que se logaran. Su madre, en una fuerte preocupación por el estado de su hija, intentaba siempre acompañarla y aconsejarla, sin embargo, ella sintió el aura que emanaba su amada y única niña; la de La Muerte. Ahora la niña no quería salir del cuarto, y su constante depresión, era totalmente incontrolable para aquella deidad omnipotente y solemne, pues hasta éste, estaba deprimido. ¿Cómo era posible que ni para proteger a alguien servía? ¿En qué estaba fallando?, La Muerte, no podía creerlo, tanto que había hecho y su niña, jamás logró ser feliz.

Los tiempos pasaban y todo aquél que se encontraba con Sofía le huía, pues por alguna razón, cuando el sol le pegaba de frente, no reflejaba su sombra, sino, la de La Muerte. Se contaba una historia, de que ella, se había casado con La Muerte, y de que éste, estaba celoso de todos los hombres que se le acercaran, y por eso, poco a poco, todos iban muriendo de formas atroces. Los pretendientes de la hermosa chica se separaron de ella, y los hombres que conocían la historia, se limitaban a mirarla de reojo. Ya no era la radiante y hermosa Sofía, ahora era la lúgubre y desolada esposa de La Muerte.

La señora Rocío, preocupada e impresionada con las historias que contaban de su hija, llamó a un cura, pues decía, que ésta sólo necesitaba una intervención divina. Sin embargo, no dio fruto. Pues para La Muerte, Dios no existía, y las almas de los humanos, sólo deambularían en la tierra por el resto de la eternidad. Él no era un demonio, ni un ángel; era una deidad. Un espíritu encargado de limpiar la tierra de las almas que ya no merecían permanecer en ella. Y la de Sofía, era merecedora de eso, y mucho más.

La actitud de Sofía ante la vida ahora era totalmente distinta, era una chica hecha de piedra, sin sentimientos. La muerte de dos de sus personas más importantes la cambiaron de manera drástica, pues sentía, que ella era la culpable de ambas muertes. La madre, comienza a acompañar a su hija cada que puede, pues sentía que, de dejarla sola, podía todo terminar en una calamidad. La experimentada señora, comienza a llevar a Sofía a la iglesia, para que ésta, según Rocío, pudiera

encontrar el camino correcto. La muerte no debería poder entrar a la iglesia, pero en esta historia, no es así. Pues La Muerte, se sentaba tras las dos bellas mujeres, a escuchar todo el acto y, de vez en cuando, rezar. ¿Por qué no hacerlo? Quizás así entendería su existencia y el por qué fue creado para matar, para ser el arma de algún ser poderoso que se siente impotente.

Los domingos de misa eran los más dolorosos para él, pues sentía, cómo la tristeza de Sofía, se transmitía a él, y cada lágrima dedicada a ambos hombres muertos, Él las imitaba en un llanto lleno de miseria y dolor. La Muerte estaba deprimida, y Sofía, aún más. La enfermedad de su madre, empeoró, y su fuerte gripe, terminó siendo una tuberculosis. La Muerte sentía la inminente partida de la madre de Sofía y, por lo tanto, predecía la nueva y más grande tristeza de su amada. No dejaría que su madre muriese y haría todo lo necesario para que eso no pasara. A pesar de que, de alargar su vida, se alargaría su enfermedad y, por ende, su sufrimiento.

Y fue en ese momento que, después de todo, La Muerte se dio cuenta de que estaba enamorada. El amor se basa en los sacrificios, en dar todo por el otro, incluso más de lo esperado. Y Él, con toda la fuerza y poder divino que se le otorgó, intentó frenar el crecimiento mortífero de la enfermedad y así alargar un tiempo más la vida de Rocío, mientras la medicina contemporánea daba todo para poder curar o controlar aquel mal que le vaticinaba su muerte próxima.

El padre de Sofía estaba vivo, sin embargo, su influencia en la vida de la pequeña era muy escasa. No era un mal padre, de hecho, era muy bueno. Quería a su niña cómo si fuese parte de él, pues decía que esta era lo más importante. Éste, no era padre de Alfonso, y su trato con él era bastante distante, por lo tanto, su atención hacia el mismo sería escasa. Su trabajo de marinero lo separaba demasiado de su familia, pues la economía del pueblo, estaba basada en la pesca y él era capitán de una de las embarcaciones más grandes del puerto. Los días de Sofía fueron distintos luego de sus repetidas idas, pues sus mejores años, no los pasó con su padre. A La Muerte le tocó salvarlo, cuando un día, al enredarse el mástil del barco con las cuerdas de la vela, éste fue elevado unos 15 metros en el aire. El espíritu movió el mástil tan sólo un poco para que la cuerda no volviera a bajar y el pobre hombre se estrellara contra el suelo de manera mortal. No le tocaba morir, y al ser una muerte accidental, la deidad podía encargarse de evitar la misma sin alterar los resultados del destino. Si Rocío moría, a Sofía le tocaría irse con su padre, y eso, en cierto sentido, era malo. Sofía no estaba acostumbrada a estar con él, y eso sería un descontrol muy grande en su estabilidad mental y sentimental.

Los meses pasaron y Sofía estaba cada día peor, su Madre sufría mucho y los medicamentos no se encontraban, el pueblo no quería saber nada de ellas pues les tenían miedo. Los murmullos y rumores decían que Sofía

estaba maldita y por eso moría todo lo que se le acercaba. Los doctores dejaron de ir a la casa y su madre cada vez empeoraba más y La Muerte, que cada vez estaba aún más preocupado, constaba de muy pocas fuerzas, pues al parecer, a la pobre Rocío sí le tocaba morir. No lo quería aceptar, pues ahora entendía lo que pasaba si vivía entre los humanos. Su aura mortal atraía todo aquello malo que predecía la muerte, a pesar de que sus intenciones fuesen las mínimas. Podía evitar la muerte de Rocío, pero su eterno sufrimiento sería el mismo que el de Sofía. No obstante, la falta de su madre la quebrantaría por completo. Era una decisión bastante grande que tomar, sin embargo, él sabía cuál era la mejor.

Una tarde bastante fría, la muerte se apareció ante Rocío, que, motivo de su enfermedad, pensó estar delirando. Sofía, se encontraba recogiendo rosas para su hermosa y enferma madre.

—¿Has venido a liberarme? —Preguntó la mujer de manera calmada. La muerte, asintió, era de pocas palabras. — ¿Es verdad lo que cuentan los rumores? ¿Qué te has enamorado de mi hija, y qué te has puesto celoso por los hombres que se le acercan? ¿Qué la maldijiste y ahora matas todo lo que está en su alrededor? — La tenebrosa presencia sólo miraba a la quebrantada mujer a punto de llorar. —¿Por qué has venido a mí familia? ¿Por qué has matado a mi hijo? ¿Por qué le has hecho tanto daño a mi niña? Por qué, por qué, por qué. ¡No quiero morir y dejar sola a mi preciosa! ¡Por qué le harías esto! ¡Responde, por favor, hazlo!

— La muerte está en nosotros siempre. En el tiempo, cuando muere un atardecer y el día acaba. En las rosas, que se marchitan en el agua mientras hacen lo posible para seguir sobreviviendo a pesar haber muerto al ser arrancadas. La muerte está en ti, cuando decides sacar todo tipo de recuerdo cruel y doloroso. La muerte, está en la vida, cuando poco a poco, van desapareciendo los sueños. Me han pintado de maneras incontables y he sido inspiración de diversas poesías e historias. Yo, me encargo de llevarme aquellas almas que ya no merecen estar en la tierra, que han sufrido mucho, que han hecho mucho. Y tú, eres una de ellas. Tu enfermedad ha marcado tu fecha de muerte, y yo sólo logré atrasarla un tiempo más, pues tú, eres la única fuente de felicidad que tiene Sofía. Pero con el tiempo no se juega, ni con el destino, pues lo que está escrito, está. Y algún día debías morir. De forma accidental, provocada por otro hombre e incluso de manera natural. Quise privilegiarte con la vida eterna, pero no podía ser posible, porque de la eternidad obtendrás el sufrimiento. —La dama escuchaba todo atónita, jamás esperó oír la voz de La Muerte y mucho menos mantener una conversación con la misma. Se sentía débil, sabía que moriría y que aquella aparición no tendría vuelta atrás. Era el final y lo entendía.

— En una leyenda coloquial has convertido mi familia entera. Eres vil, luctuosa y aterradora. Vienes al mundo humano a desterrarnos de la tierra en la que dimos frutos. Haces sufrir a los mortales con tus acciones

sin sentido. Muchos te idolatran y te rinden culto, pero no lo mereces, porque tú, eres una deidad intentando ser Dios.

— Estar cerca de los humanos me ha hecho entender que, en realidad, ustedes son los verdaderos monstruos en toda la historia escrita. Se han colgado de las fuerzas sobrenaturales para dar a entender que ustedes no son los verdaderos culpables de su autodestrucción. Se crían y se educan con la idea de que ustedes vienen a ser felices y terceros los corrompen, ¡ustedes nacen así y eso jamás lo cambiarán! Me he estado paseando por toda la historia llevándome a quienes no merecían estar más entre ustedes, de formas misteriosas o claras, de maneras crueles o simples. Sólo me llevo aquellas almas impuras que ya no son de esta tierra, aunque así parezca. Les doy la paz, el descanso eterno, les doy la libertad que algún día siempre quisieron, a cambio de algo; su vida. Así que tú, miserable humana, miserable creación mortal hecha a mano por un Dios rencoroso que intentó ser perfecto alguna vez, no te atrevas a insultarme por querer hacerte libre, por querer hacerte feliz, ¡sé egoísta por una vez en tu maldita vida y parte de una vez! Las almas, siempre serán libres, en cambio la carne, jamás. —Hizo una larga pausa, quiso observar y detallar a la moribunda mujer una última vez. —Sofía, se ha convertido en mi protegida, la he amado desde el primer momento en que la vi caminando entre rosas. La quise hacer feliz alejándole todas aquellas personas que podrían hacerle daño. Intenté cuidarla y quererla, pues en toda mi existencia, jamás había amado a alguien. Los humanos se me hacen tan vacíos y sucios, que su mísera presencia me repudia y me repele. Sin embargo, la pureza e inocencia de Sofía, me ha hecho quedarme junto a ella. Mis acciones se tornaron frías y egoístas y terminé matando todo lo que ella amaba, a pesar de ser dañino para sí misma. Yo, fui el causante de su desgracia.

La vieja y enferma mujer rompió en llanto, La Muerte le estaba hablando y la estaba haciendo entrar en razón. Sus últimos respiros se acercaban y eso ella lo vaticinaba, pero antes, debía dejar algo resuelto. Sus lágrimas cesaron y sus manos tomaron fuerza una vez más. Vio la oscura sombra en la que el antiguo e inmortal ente estaba convertido y le sonrió. Entre sollozos y tos, le extendió la mano. Aceptó su partida, aceptó su muerte. Sin embargo, al tomar la fría y huesuda mano de la epifanía, la sostuvo con fuerzas.

—Le has hecho daño a mi familia, mucho daño. Tu aura luctuosa se ha cernido sobre la pureza y calidez de Sofía, la has corrompido y dañado hasta el tuétano de sus huesos. Su sonrisa, después de mi partida jamás se le mirará de nuevo. Mi niña, jamás será ella. Te pido, con las pocas fuerzas que me quedan, que te alejes de ella. Que partas a tu oscuro y satánico hogar, y te alejes del mundo terrenal, porque tú, inocente presencia; jamás podrás amar.

La muerte desapareció al escuchar las palabras de la moribunda Rocío, las puertas de la casa se abrieron tras él y de ellas apareció Sofía, hundida en lágrimas al ver a su débil madre, dejar la vida. La pequeña la tomó entre sus manos y la acarició con dulzura. La señora Rocío le sonrió por última vez a su hija y en un último respiro, su alma se desprendió de su cuerpo. Sofía tomó con fuerzas el cuerpo vacío de su madre, y gritó y lloró con todas sus fuerzas, sus lágrimas se hacían parte de su deprimente rostro y sus lamentos sólo pedían que La Muerte se la llevase a ella. Su madre, su hermano y su enamorado habían sido arrebatados de su vida y estaba segura de que esto no era obra de Dios, porque Él jamás querría que alguien sufriera en el mundo. Sus piernas perdieron la fuerza y su respiración se volvió entrecortada, sus fuerzas fueron mínimas y sus ganas de morir eran muy grandes. Ahora estaba sola, era ella y nadie más. ¿Ahora qué haría? ¿A quién acudiría? ¿Quién sería su hombro? ¿Quién sería su apoyo? ¿Ahora quién?

Las horas pasaban y Sofía no paraba de llorar, La Muerte, se acercó a ella y con sus manos frías intentó acariciarla, sin embargo, no podía tocarla. No porque algo se lo evitaba, o porque era imposible. Simplemente no podía. La vergüenza se había apoderado del espíritu, sentía que ya no debía estar cerca de ella porque lo único que le traería sería dolor y sufrimiento. No podía tocarla, no debería hacerlo. Miró y observó a su amada, sería la última vez que La Muerte le miraría, sería la última vez que la vería respirar, porque justo en ese instante, dejó de vivir. La Muerte, murió. Y las rosas que jamás debían marchitarse, también.

Años después, e incluso hasta ahora, la muerte de un ser humano dejó de ser algo de su incumbencia y nuestras manos, han sido las únicas que se encargan de ella. Muchas creencias y cuentos, estiman que la muerte no apareció más nunca, que ya nada tiene un orden y que el destino, simplemente perdió su sentido. Los asesinatos, las guerras, masacres, y todas las muertes masivas han ocurrido por el descontrol que dejó la presencia en su desaparición.

La Muerte, se aferró a un amor que jamás le amó. La Muerte amó a través del tiempo sobrepasando barreras y fuerzas externas. Amó con todas sus fuerzas y entregó todo de sí, a pesar de que no todo fue bueno. Cuenta la leyenda, que, La Muerte se enamoró y, al darse cuenta de que su amor jamás lo amaría, se suicidó.